

**Himalaya indio:
Artes Marciales, juegos populares y danzas guerreras.**



**Pedro Martín González
Kenshinkan dôjô 2018**

La cordillera del Himalaya es un inmenso contrafuerte natural que separa el Subcontinente Indio de la altiplanicie tibetana. A lo largo de sus casi tres mil kilómetros de longitud se suceden las montañas más altas del planeta y nacen algunos de los ríos más caudalosos del mundo. Esta barrera montañosa se vuelve aún mayor si la observamos en su conjunto unida a las cordilleras adyacentes del Karakorum y el Hindu Kush. El imponente sistema orográfico resultante comparte fronteras de países como: Afganistán, Pakistán, India, China, Nepal y Bután.

En India, las estribaciones del Himalaya ocupan muchos de los Estados del norte del país: Himachal Pradesh, Jammu y Cachemira, Uttarkhand, Sikkim, Arunachal Pradesh, Assam, Nagaland y Manipur.



Aunque los grandes centros culturales de la India septentrional han estado asociados a la gran llanura bañada por los ríos Ganges y Yamuna, un lugar absolutamente privilegiado por la fertilidad de sus tierras donde se construyeron las principales ciudades y se asentaron los primeros imperios, el abrupto norte del país ha sabido mantener su propia identidad, una personalidad fundamentada en gran parte en la fe budista imperante y asociada, como no podría ser de otra forma, a una geografía tan espectacular como adversa, pero de una belleza sin igual.

Viajé por primera vez a Nepal en el año mil novecientos noventa. Durante un mes recorrí el país visitando los centros budistas más importantes del Valle de

Kathmandú, subiendo después a las montañas para bajar más tarde a las llanuras del Terai, ya en la frontera sur. Desde la jungla, seguí el curso del Kali Gandaki, finalizando mi viaje en la base del Anapurna.

Regresé al norte de India al año siguiente. Comencé mi recorrido en las ciudades de Haridvard y Rishikesh, en Uttarkhand, muy populares entre los viajeros de otros tiempos por estar asociadas a la vida alternativa, *hippy*, comunitaria y, también, a las escuelas de Yoga y meditación. Tomándole el pulso a las montañas me dirigí desde allí a Garwal, en las estribaciones del Himalaya, para acometer la subida a la fuente del río Ganges, llegar a Goumuck y continuar glaciario arriba para acceder a la llanura de Topovan, en la frontera con Tíbet. En aquel mismo periplo, siguiendo siempre dirección norte, me adentré en el Estado de Himachal Pradesh y anduve por los valles de Kulu y Manikaran.

En el verano del año mil novecientos noventa y nueve viajé de nuevo al Himalaya indio. Crucé primeramente Garwal e Himachal Pradesh y proseguí más hacia el norte, buscando los viejos reinos de Zanskar y Ladakh. Fue un periplo difícil porque la ruta desde el valle de Manali hasta alcanzar la capital de Ladakh –Leh- la realicé en un autobús desvencijado, que circulaba sobre una pista en no muy buenas condiciones. Fueron dos días de travesía pero el resultado final mereció la incomodidad y el esfuerzo.



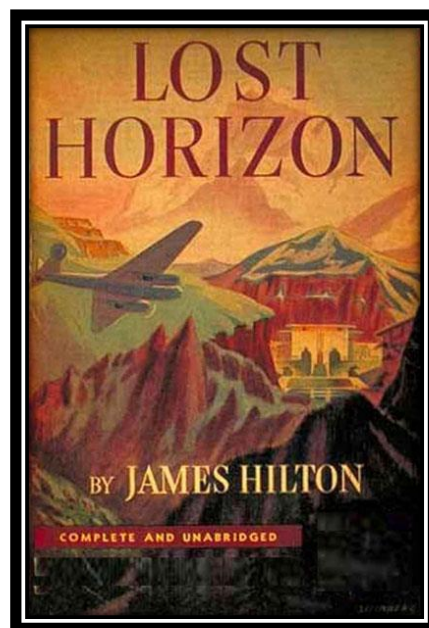
Danza Cham en Ladakh

No sería hasta dos mil uno cuando acometería mi primer viaje hacia el Himalaya oriental. Llegué a Calcuta, donde permanecí varias semanas, trasladándome después al pequeño Estado de Sikkim, una franja estrecha de tierra enclavada entre Nepal y Bután que forma parte de la unión India desde 1975 cuando, en referéndum y con un altísimo porcentaje de votos a favor, se sumó a su vecino y

gigante país. En Sikkim visité las ciudades de Darjeeling, Kalimpong y Gangtok, su capital, y deambulé por los monasterios de Rumtek, Pemayangse y Tashiding, acercándome al Kanchenjunga.

Tenía muchas razones para viajar por las tierras del norte indio. Durante años, también yo había seguido la estela de hombres y mujeres que vivieron entre aquellas montañas y cuyo ejemplo sirvió de inspiración a muchos lectores ávidos de paisajes sagrados. En efecto, en sus libros, lienzos y obras de arte habíamos encontrado razones más que suficientes para confiar en el sentido de la naturaleza humana, dándole una oportunidad al misterio y la belleza.

Sí. Mis manos habían sujetado una vieja edición de *Horizontes perdidos*, de James Hilton (1900/1954), aquel escritor inglés que nos condujo a las moradas mismas de *Sangri Lah*, el idílico reino espiritual perdido en el interior de los Himalayas para saber decirnos que en algún momento de nuestras propias vidas todos tenemos una noción de lo eterno. Después, George Ivanovich Gurjeff, el sabio venido de Armenia, nos sedujo de nuevo con *Encuentros con hombres notables* fruto, en gran parte, de su propia aventura oriental, un periplo donde viaje, música y espiritualidad se unieron para conformar una aventura apasionante. El libro fue llevado al cine por el director inglés Peter Brook resultando ser un éxito entre el público.

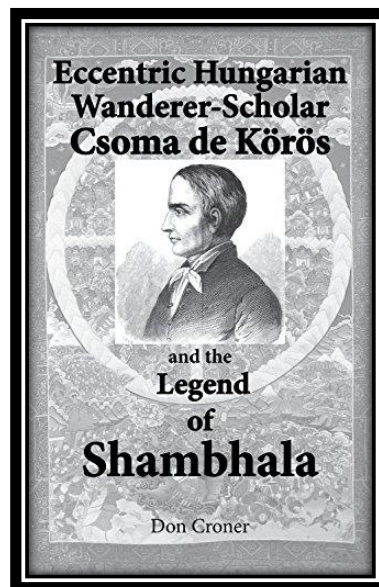


Leí con devoción los escritos de Alexandra David Neel (1868/1969), descubriendo también allí, India, Tíbet y Nepal. Alexandra, célebre viajera y escritora francesa, mantuvo su espíritu activo hasta el final de sus días, siendo una de las primeras aventureras en explorar las regiones del Himalaya.

Por su parte, los cuadros de Nicolás Roerich (1874/1947), humanista, pintor, poeta, visionario, explorador y filósofo ruso, me habían deslumbrado desde el primer momento en el que los vi estampados en *Messenger of Beauty*. El genial artista había elegido el valle de Kulu, en Manali, Himachal Pradesh, para residir y experimentar eso que llamaba: “*espíritu de lo eterno*”. Fue allí, en aquel recóndito valle, donde establecería junto a su familia el centro de estudios antropológico, etnográfico y botánico al que bautizó *Urusvati*.

Seguí el rastro de Roerich por aquellos lugares que transitó a lo largo de la geografía de los Himalaya y, continuando con esa búsqueda, hice lo propio con el camino que seguirían su mujer, Helena Ivanovna, y su hijo mayor, George, cuando una vez fallecido Nicolás ambos se trasladaron al Himalaya oriental instalándose en la pequeña población de Kalimpong, donde adquirirían una villa llamada *Krokety* e impulsarían sus últimos trabajos.

Otros ilustres, como el alemán Anagarika Govinda (1898/1985) o el húngaro Alexander Csoma de Koros (1784/1842) también habían pisado aquellas lejanas tierras y sus libros supieron inspirar la vida de buscadores, viajeros y entusiastas de las culturas orientales.



En la Sociedad Asiática de Calcuta adquirí mucha información acerca del filólogo húngaro. Fue un encuentro memorable con la figura de aquel incansable buscador que dedicara la mayor parte de su vida a desentrañar el secreto de su lengua magiar y, presto ya a conseguirlo, a las puertas del hermético Tíbet de la época, acariciando el largo y ansiado sueño de llegar a Lhasa, capital del reino entonces prohibido, fallecería en la ciudad de Darjeeling, a muy poca distancia del lugar

donde pretendía encontrar respuestas a las preguntas que siempre le acompañaron. Visité su memorial cerca del jardín botánico bajo un aguacero monzónico, en medio de un silencio absoluto. Después, tomé un jeep, crucé las montañas y llegué a Gangtok, capital del reino de Sikkim.

Otros motivos para acercar mis pasos hacia el Himalaya fueron los etnográficos y culturales y, dentro de las posibilidades que podrían presentarse, mi interés se decantaba por extraer algunos registros sobre de las Artes Marciales, juegos populares y expresiones del folklore autóctono que pudieran contener reminiscencias de las formas de lucha originales gestadas entre sus gentes.



Danza Thoda en Himachal Pradesh.

En relación al extremo occidental de India –Garwal, Himachal, Ladakh, Zanskar, Cachemira- el único rastro de Arte Marcial que puede ser considerado como tal es el tiro con arco, una tradición no exclusiva de aquella zona muy popular en todos los países que forman parte del Himalaya, en algunos de los cuales, como es el caso de Bután o Sikkim, es considerado deporte nacional.

El *Thoda* es una mezcla de juego, danza y Arte Marcial que tiene su origen en el valle de Kulu, en el Estado de Himachal Pradesh. También en ésta, como en gran parte de las tradiciones de la India, su historia pretende tener remotas reminiscencias, situando en la época del *Mahabharata* –siglo III a. C.- sus inicios y la razón de su origen en las épicas luchas sostenidas por *Pandavas* y *Kauravas*, los clanes hermanos y rivales que dividieron a todos los reinos del país formando dos ejércitos que combatieron ferozmente para ocupar el trono.

En el juego del *Thoda* los adversarios danzarán moviendo sus espadas y arcos al ritmo de la música; una vez finalizados estos rituales los arqueros dispararán sus

flechas a las piernas de sus adversarios, quienes únicamente podrán utilizar los movimientos de su danza para eludir el acierto de los dardos.

Otros ejemplos de este folklore guerrero en Himachal Pradesh son: la danza *Dhadair*, en la que los participantes utilizan arcos y flechas, cuchillos y bastones para combatir; y la danza *Khaydayat*, en la que se realizan movimientos blandiendo la espada y su vaina.

En una de sus más célebres fotografías aparece el gran humanista Nicolás Roerich disparando al arco en el jardín de su propia casa, emulando la tradición de los nativos del valle de Kulu, donde residió durante más de veinte años y cuyas tradiciones estudió y protegió en su Instituto.



Nicolás Roerich en Naggar, Kulu.

También en las danzas budistas que ejecutan los monjes en Dharamsala, Ladakh, Zanskar, Sikkim o Bután se puede observar la utilización del arco y la flecha, un ejemplo de ello es la danza *Cham*, una vistosa ceremonia que, además de mostrar un espectáculo de máscaras y trajes de gran colorido, música de timbales, campanillas y tambores y coreografías que exponen los avatares de la vida de los budas, resulta un vehículo de mucha utilidad para explicar a los fieles el contenido del Budismo y su filosofía.

Pude ser testigo del desarrollo de estas danzas en mi viaje a Sikkim, observando cómo los monjes –al igual que sucede en algunas ceremonias que realizan los seguidores del *Shugendo* japonés- disparaban sus flechas al aire en señal de lucha contra los demonios y las bajas pasiones humanas.

Sabía que la mayor parte de las Artes Marciales del norte indio había que buscarlas en Manipur, un Estado situado en el extremo más oriental del Subcontinente que

hace frontera con Bangladesh y Birmania y que, por razones geográficas, ha permanecido alejado de las influencias de la propia India sabiendo gestar en el interior de sus fronteras algunas formas genuinas de arte marcial, como el *Thang Ta*, o la lucha *Mukna*.

Manipur es una tierra de difícil acceso a dónde nunca pude llegar. No obstante, no quería darme por vencido, me quedaba jugar, al menos, la baza de la documentación. Como había visitado varias veces Calcuta, la capital de Bengala Occidental, donde tuve la oportunidad de dar clase de Karate en dos institutos de la ciudad, visitar algunos dojos y trabajar en distintos proyectos humanitarios, me acerqué a la Sociedad Asiática, una institución fundada en 1784 por quien fuera su primer presidente: William Jones. A día de hoy la Sociedad Asiática de Calcuta es punto de encuentro esencial para cualquier estudioso de la cultura oriental, pues sus archivos reúnen una documentación verdaderamente impresionante.



Sociedad Asiática de Calcuta

El arte del *Thang ta* es un sistema de lucha muy completo que aúna el estudio de las técnicas de mano vacía con la práctica de armas tales como: espada, lanza, escudo y hacha.

Como ocurre en India con otras formas de Arte Marcial -*Kalarippayattu* o *Silambam*, por ejemplo- el arte del *Thang Ta* puede ejecutarse atendiendo a tres conceptos: marcial, ritual, escenográfico.

Esta conexión entre formas de lucha y expresión corporal ya la había observado en Bangalore, Karnataka, donde un maestro -*gurukkal*- de la tradición de Kerala enseñaba en su escuela -*kalari*- el arte marcial de Malabar. Este *gurú* había sabido abrir la interpretación de su arte hacia otras dinámicas en las que relacionaba la lucha con el teatro y la danza. A mi modo de ver, estas conexiones no hacen sino reforzar la idea de que en un pasado lejano danza, lucha y ritual debieron formar una estrecha unidad.

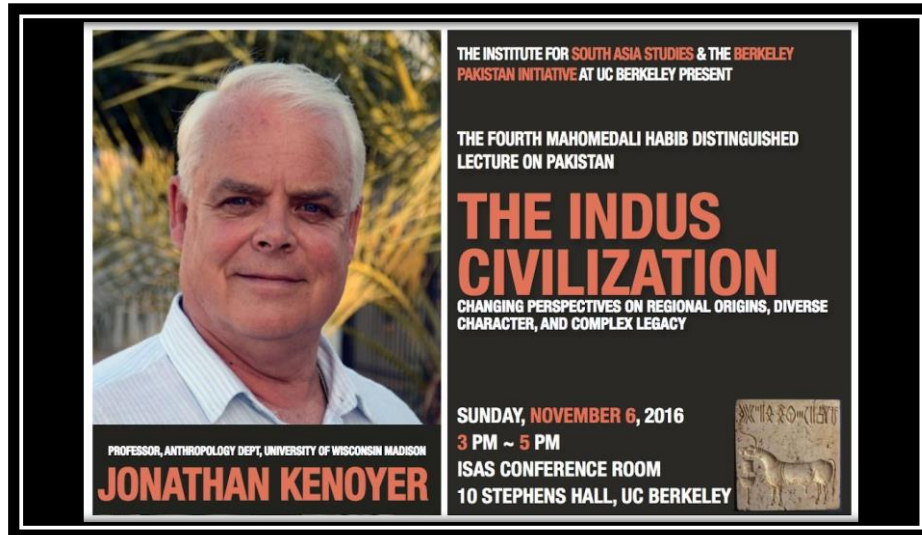
Como sucediera con otras Artes Marciales, la práctica del *Thang ta* estuvo prohibida durante la época colonial para resurgir con más fuerza a partir de 1947. Desde entonces se ha organizado de manera eficaz y los diferentes grupos se han reunido en una federación que dispone de sedes en todos los Estados del país.



Thang Ta de Manipur

También es de destacar que el *Thang Ta* forma parte del programa de actividades de los principales festivales de danzas guerreras que cada año se organizan por toda la India, como el *Kalinga Mahotsava* del Estado de Orissa.

Fuera de India existen muy pocos maestros de la tradición guerrera de Manipur, uno de ellos, quizá el más conocido, es Khilton Nongmaithem, fundador de la *North América Thang Ta Association*.



Dr. J. Mark Kenoyer

Otra de las referencias para documentarse sobre este Arte Marcial es el doctor J. Mark Kenoyer, investigador americano residente en Madison, profesor del departamento de Antropología y Estudios del Sur de Asia de la Universidad de Wiscosin, que estudió el arte en Manipur durante algunos años. El profesor Kenoyer ha trabajado y publicado con dedicación, excavando durante años en las ruinas de lo que un día fuera la Civilización del Indo -Mohenjo Daro y Harappa.

Kenshinkan dôjô 2018